



"PANDEMIA, TRABAJO Y ACCIÓN SINDICAL: LA DESOLACIÓN DE LO INCIERTO"

POR RUBÉN CORTINA

"PANDEMIA, TRABAJO Y ACCIÓN SINDICAL: LA DESOLACIÓN DE LO INCIERTO"



DR. RUBÉN CORTINA

✉ rubenevercortina@gmail.com

SECRETARIO DE ASUNTOS INTERNACIONALES DE LA FEDERACIÓN ARGENTINA DE EMPLEADOS DE COMERCIO Y SERVICIOS.

PRESIDENTE MUNDIAL DE UNI-SINDICATO GLOBAL.

DIRECTOR DEL INSTITUTO DEL MUNDO DEL TRABAJO "JULIO GODIO" DE LA UNTREF.

✉ imt@untref.edu.ar

Mayo 2020

INTRODUCCIÓN

Hace apenas tres meses (mediados de febrero) estuve en Japón y Corea del Sur en mi condición de Presidente Mundial de UNI, la Federación Sindical Internacional con 20.000.000 de miembros que nuclea a los sindicatos que representan trabajadores de la economía de servicios del mundo entero. El poderoso sindicalismo japonés enrolado en UNI festejaba el vigésimo aniversario de la creación del Consejo de Enlace de UNI-Japón y fui invitado para exponer en su celebración ante alrededor de 200 dirigentes de los sindicatos afiliados japoneses, además de un sinnúmero de reuniones con nuestros miembros, a los que, en el Congreso de Liverpool de la organización de 2018, prometí visitar, cuando me fuera posible.

Los sindicatos coreanos de la UNI, por su parte, recibían por primera vez la visita de un Presidente Mundial de la organización. También allí, numerosas reuniones tuvieron lugar además de visitas importantes al Parlamento Coreano, a legisladores de origen sindical, periodistas de diversos medios surcoreanos y una importante conferencia de prensa para denunciar

públicamente el comportamiento antisindical de la multinacional Fresenius en Corea.

Conocíamos la existencia del virus con epicentro en Wuhan, China, aunque no de cuál iba a ser el peligroso despliegue global que tuvo a posteriori, afortunadamente, ya habiendo regresado a la Argentina. De hecho, durante nuestra estadía no notamos el uso masivo de barbijos, salvo en el transporte público (que no usamos), ni mucho menos cuarentenas, ni aislamientos ni bombardeo mediático sobre el COVID19.

Hasta entonces y durante el largo viaje he estado escribiendo el que iba a ser un nuevo libro, centrado en lo que he denominado “la reestructuración del poder sindical”, una tesis sobre la necesaria puesta a punto del movimiento sindical internacional y nacional frente a la nueva realidad de incipiente mutación de la globalización hacia un sistema económico, político y social cada vez más alejado de las propuestas neoliberales ya agotadas a partir de la crisis del 2001 y profundizada en 2008, sistema de difícil nacimiento y ensamblaje en un escenario incierto y con grandes incertidumbres.

La crisis del 2008, una vez instalada, no se detuvo. El mundo lleva 12 años de consecuencias económicas, comerciales y sociales negativas, que no se detienen. Los intentos por regular el sistema financiero internacional duraron apenas dos años, las dos primeras reuniones del flamante G20. A partir de allí, los esbozos de regulación fueron dinamitados por las agencias económicas y financieras del sistema internacional y los operadores privados internacionales de fondos de inversión.

Al mismo tiempo el mundo venía debatiéndose en un intrincado proceso de transformación del sistema internacional en el que el unilateralismo característico de los 90 del siglo XX mostraba el inicio de su pérdida de impulso histórico. Otros actores entraban en escena, esencialmente del sudeste asiático, con su fenomenal incorporación de mercado y tecnología al proceso económico global.

La globalización económica excluyente de los 90 había hundido y puesto en tela

de juicio el contrato social de posguerra mientras que en su propio seno se entreabría la puerta a dos procesos aparentemente contradictorios.

Por un lado, la demostración cabal de que 20 años de globalización de poco habían servido para mejorar la calidad de vida de las grandes mayorías, fundamentalmente en los ámbitos geográficos donde la misma había nacido, centralmente occidente al norte, y esparcido, en las periferias empobrecidas, generando enormes asimetrías entre países y hacia sus interiores.

Por otro lado, el despliegue económico de China, el país más poblado del planeta, caracterizado económicamente como subdesarrollado, pero con un crecimiento arrollador, más tarde ralentizado para ensimismarse en su mercado interno, abandonando las tasas que permitieron su expansión económica para reorientar su desarrollo teniendo en cuenta el crecimiento exponencial de su consumo y la creación de masivas clases medias. La propia globalización había parido un sujeto internacional que terminaría conformateándola, de la mano de más mercado y de una irreverente inversión en tecnología. No en vano, Guy Ryder, Director General de la Organización Internacional del Trabajo diría, en un conversatorio tripartito en China: “el futuro del trabajo en el mundo depende del futuro del trabajo en China”, haciendo referencia al cambio tecnológico incesante en el mundo del trabajo de los últimos tiempos, en el gigante asiático y la región.¹

La intención del libro en el que trabajaba era zambullirnos en el estado de las organizaciones sindicales transcurridos 30 años de globalización, en sus diferentes etapas y hacia dónde y con qué resultados estaba dirigiendo sus pasos en las recientes coyunturas. Cabe recordar que el año 2000 significó un cambio en el trazado de sus estrategias. El fracaso de la Conferencia Ministerial de Seattle de la Organización Mundial del Comercio, la aparición en escena de nuevos gobiernos en América Latina proponiendo un mayor rol del estado y un camino global menos empedrado para las poblaciones y países periféricos y la mencionada escalada económica de China, abrían un nuevo

[1] Intervención de Guy Ryder en el Primer Diálogo Nacional Tripartito en China el 6 de septiembre de 2016. Ver www.oit.org

abanico de posibilidades para proponer una globalización más económica y socialmente balanceada e inclusiva.

SIN RESPIRO

Como consecuencia de estos fenómenos se crea en el 2006 la Confederación Sindical Internacional,^[1] el experimento unitario más importante en la historia del movimiento sindical internacional. La agenda sindical internacional se desplegó con una mayor presencia de campañas globales, estrategias frente al sistema político internacional y de las instituciones financieras internacionales, la instalación y visibilidad de una política de influencia en el concierto mundial, un crecimiento exponencial de la actividad internacional de los sindicatos nacionales y un mayor flujo sectorial de las Federaciones Sindicales Internacionales (FSI's) frente a la también exponencial presencia de las empresas multinacionales.

El desarrollo de la globalización no dio respiro al movimiento sindical. Al internacional y a los nacionales. Las recurrentes crisis, algunas de carácter nacional y otras de carácter regional, que de a poco mostrarían sus capacidades de infectar a escala global y centralmente originadas por la cada vez más pronunciada separación entre las finanzas y la economía real, sumieron a los sectores del trabajo, desde los 90, en situaciones de pobreza y exclusión cada vez más profundas.

Ya desde los 80 del siglo pasado el avance de la precariedad laboral se convierte en tema preocupante y central para los estudiosos y organizaciones sindicales. Los fenómenos de tercerización y subcontratación se empezaron a multiplicar. Las transformaciones fueron en aumento y las distorsiones se desplegaban con la incorporación de las tecnologías al proceso productivo y la implementación de nuevas formas de organización del trabajo.

Para los 90 se nota claramente un proceso de segmentación laboral con

[1] www.ituc-csi.org

coexistencia de formas protegidas y degradadas en casi todos los sectores, pero incluso al interior de una misma empresa. La informalidad y la precariedad desnudan su relación de funcionalidad entre una y otra.

Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), **la pobreza aumentó de forma marcada entre 1980 y 1990**, y se produjo un deterioro en la distribución de ingresos, que aumentó los índices de desigualdad, revirtiendo avances logrados en los años previos de la crisis.^{III}

El inicio del nuevo milenio se mostraría también difícil para las organizaciones sindicales. Particularmente para América Latina, el año 2001 fue un año complejo debido a la retracción de la economía y la huida de capitales. La deuda externa, la extranjerización de sus economías, la redistribución regresiva de los ingresos, la concentración económica y el incremento del desempleo y la pobreza eran características que se venían acentuando en las últimas tres décadas producto de la implementación de severos ajustes y reformas estructurales según lo estipulaban las consignas del neoliberalismo, defendidas y difundidas por el bloque vencedor de la Guerra Fría y las elites nacionales, con amplio respaldo de los organismos multilaterales de crédito.

La economía internacional y el endeudamiento externo existente desde la década de los 70, habían posicionado al FMI y al Banco Mundial como protagonistas permanentes de la formulación y gestión de la política económica de estos países. La política económica de los países latinoamericanos, en mayor o menor medida, se formulaba, condicionaba o monitoreaba desde el exterior limitando el rango de autonomía. Estas políticas atendían de forma preferente -cuando no excluyente-, el pago de la deuda externa, sacrificando en función de ello, las verdaderas políticas de desarrollo nacional.

Estos desequilibrios y dificultades internas se agudizaron o se pusieron al descubierto ante el deterioro del marco externo. De este modo, América latina

[III] Comisión Económica para América Latina de Naciones Unidas. Informe de Evolución de la pobreza y la indigencia en América Latina.

mostró un crecimiento del PBI de apenas 1,2% en el año 2001 -cifra que equivale a una contracción del producto por habitante de 1,1%-, un balance de bienes y servicios negativo (-237.329 millones de dólares), y un decrecimiento acentuado de la inversión extranjera que se profundizará en el 2002. Como consecuencia de la desaceleración de la economía, los países de la región sufrieron un aumento de la pobreza (43,2%), de la indigencia (18,5%) y del desempleo que alcanzó una de las mayores tasas observadas en los últimos diez años (17,4%).^{IV} En Argentina, 23%.

Todavía vivimos los estertores de la siguiente crisis (que por supuesto no estuvo desconectada de las dificultades vividas en el inicio del nuevo milenio). La crisis del 2008 significó un nuevo temblor en la economía. La denominada crisis de las hipotecas se desparramó por el planeta. A algunas orillas llegó de inmediato; a otras más tarde. Al poco tiempo, el crecimiento económico representaría el más bajo de los últimos 60 años. Esta nueva debacle económica global generaría lamentables consecuencias sociales al incorporar 50 millones más de desempleados a escala mundial.^V

Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), y luego de cuatro años consecutivos de reducción en la tasa de desempleo mundial, la misma creció a 6% en 2008. El Director General de esta organización, en aquel entonces Juan Somavía, advirtió que la tasa de desempleo mundial en 2009 ascendería a 7.1%, y más de la mitad de la población empleada del mundo estaría en una condición de empleo vulnerable. Esto implicaba que el 52.9% de la población ocupada trabajaría o se vería obligada a trabajar en cualquier trabajo disponible, independientemente de las condiciones que dicho empleo ofrezca.^{VI}

Somavía además fue enfático entonces, al señalar las consecuencias sociales de un aumento severo del desempleo: "Los efectos sociales de la recesión se acumulan insidiosamente en abuso de la ingesta de alcohol y drogas, violencia en el hogar y en el trabajo, aumento de los suicidios, incremento en el crimen,

[IV] Dra. Sandra Colombo. "Marco internacional de la crisis del 2001". CEIPIL-UNICEN.

[V] Puentes: Análisis e información. "Desempleo: una de las peores facetas globales de la crisis". 2009.

[VI] Actualización de las tendencias mundiales del empleo de mayo de 2009._

conflictos intercomunitarios, así como protestas espontáneas y diferentes formas de violencia", dijo.

El deterioro en el crecimiento pronosticado para 2009 tendría severas implicancias en el empleo de América Latina y el Caribe (ALC). En su momento, la OIT, estimaba que el flagelo afectaría a 23 millones de latinoamericanos.

Transcurridos casi 10 años del 2008, existían coincidencias en visualizar la fragilidad de la economía mundial luego del estallido de la crisis. Las escasas políticas de reformas al sistema financiero internacional dejaron abierta la puerta para una nueva y aún más agresiva presencia de los capitales financieros. El informe "Situación y Perspectivas de la Economía Mundial 2017", de Naciones Unidas, expresa con claridad que (...) "las perspectivas económicas continúan sujetas a significativas incertidumbres y riesgos hacia la baja. En caso de que estos riesgos se materialicen, el crecimiento global sería todavía menor al modesto crecimiento económico que se proyecta actualmente. Debido a las fuertes interconexiones entre la demanda, la inversión, el comercio y la productividad, el largo período de débil crecimiento global corre el riesgo de autoperpetuarse, especialmente, ante la ausencia de esfuerzos de política concertados para revivir la inversión y estimular una recuperación en la productividad. Esto impediría el progreso hacia los Objetivos de Desarrollo Sostenibles, principalmente, los objetivos de erradicar la pobreza extrema y la creación de trabajo decente para todos. El crecimiento de la inversión se ha desacelerado en forma significativa en muchas de las principales economías desarrolladas y en desarrollo, así como también en muchas economías en transición. La prolongada debilidad de la demanda global ha reducido los incentivos a las empresas a invertir, mientras que las incertidumbres económicas y políticas también han afectado la inversión".^{VII}

[VII] NACIONES UNIDAS - "Situación y perspectivas de la economía mundial 2017"

COVID 19: UN NUEVO GOLPE DESDE LAS ENTRAÑAS DEL MODELO

Como se puede apreciar, la incertidumbre generada en 2008 continuó no se disipó y en los últimos años se debatía que características tendría una nueva explosión financiera habida cuenta de la escasa regulación lograda luego de la crisis. La retracción del comercio internacional y el estancamiento del crecimiento económico a pesar de un leve repunte en los últimos años, fueron la característica de la etapa. Este repunte solo redundó en mayor precariedad laboral, pobreza y desigualdad. Paralelamente se fue instalando un debate en el mundo laboral, de características complejas y que reflejaba más una expectativa que una realidad significativamente sustancial: el futuro del trabajo. Un debate que expresaba en el fondo un sentido de adaptabilidad de la mano de obra a los cambios introducidos en empresas y puestos de trabajo por la economía digital.

Hasta el 2020, en el mundo del trabajo, el gran tema de seminarios, talleres, debates públicos y sindicales era la nueva revolución tecnológica y sus impactos en las relaciones laborales.

En enero de 2020 un virus se hizo presente en la localidad de Wuhan, China. Se lo conoció como Coronavirus. El pensamiento científico generalizado no le atribuyó, al principio, los efectos devastadores que tendría 2 meses después de su aparición y que todavía estamos padeciendo, ya en forma de pandemia global. Jamás la comunidad científica ha producido tan enorme cantidad de material de estudio alrededor de un virus. Entre otras cosas debido precisamente a la falta de antecedentes respecto al mismo a pesar de pertenecer a la familia de virus Corona preexistentes.

Lo cierto es que a 4 meses de la aparición de los primeros casos en China el mundo ve atónito como aproximadamente 5 millones de personas están infectadas de las cuales 330.000 han muerto.^{VIII}

[VIII] Cifras al 21 de mayo de 2020 – Fuente: Universidad John Hopkins (Baltimore, USA)

Sin entrar en un análisis detallado, que no es el objetivo de este documento, es dable analizar algunos aspectos que a la larga ya impactan en el mundo del trabajo e impactarán más gravemente hacia adelante.

Independientemente de la tasa de infección y de letalidad de este virus, nunca han quedado tan en evidencia las dificultades y penurias para detenerlo y evitar que esas tasas no se propaguen. La velocidad y características para desplegarse a lo largo y ancho del planeta han saturado las posibilidades sanitarias de los países centrales y más aún de los periféricos. En América del norte y sur se han visto escenas de catástrofe humanitaria, dignas de épocas medievales (Estados Unidos y Ecuador). Ha impactado en todos los ámbitos sociales, sin embargo, como siempre, los más afectados son y serán los más pobres y excluidos.

A falta de vacuna, la cuarentena y/o el aislamiento se han convertido en el remedio más eficaz para combatirlo. Esto ha determinado que cerca del 70% de la humanidad esta en sus casas y por lo tanto no trabajan salvo las actividades que lo pueden hacer remotamente, no estudian salvo en sus hogares online, no practican deportes, no asisten a actividades de ocio recreativo, no visitan a sus parientes, no solamente porque en su gran mayoría no quieren por temor a contagiarse, sino porque además la cuarentena muestra la otra cara: el parate económico. Salvo las actividades consideradas en general, en todos lados esenciales (super e hipermercados y farmacias, industrias alimenticias y medicinales) el resto de las actividades económicas están en pausa (comercios e industrias no esenciales), o funcionando en clave de cuarentena, esto es, a ritmo menor que el habitual (el transporte público y privado) y sin actividades de diverso tipo de características masivas (espectáculos deportivos, musicales, teatrales, etc.).

Los países han adoptado cuarentenas de diversas características, en cuanto a intensidad y abarcabilidad. Aquellos países que comprendieron a tiempo que el virus les iba a llegar, instalaron cuarentenas severas o relativamente severas (Argentina). Aquellos que se encontraron repentinamente con el virus infectando masivamente, también (China, Italia, España). Quedaron situaciones inverosímiles en las que se subestimó grotesca y anticientíficamente la

pandemia y cuando las consecuencias se hicieron presentes tomaron distintas actitudes, en algunos casos generando debates políticos públicos que pretendieron instalar la hipotética contradicción entre garantizar el funcionamiento pleno de la economía o garantizar el estado de salud de la población, generando situaciones políticas de confrontación al interior de las coaliciones gobernantes (Estados Unidos y Brasil) y virajes posicionales respecto a la voracidad de la pandemia (Inglaterra). La evolución de estas cuarentenas y/o aislamientos es imposible de determinar.

Los sistemas de salud desbordados desnudaron frente a gobiernos y poblaciones las consecuencias de las políticas de austeridad, privatizaciones y desinversión en los sistemas de salud pública. En los países europeos más atacados y que contaban teóricamente con sistemas de salud avanzados los mismos fueron absolutamente insuficientes frente a la pandemia. También allí se han visto escenas dignas de otra época.

Hay pleno consenso que el impacto de esta pandemia en la economía global será brutal. Se habla de hasta un **5% de caída del PBI mundial (Revista Estudios de Política Exterior)**. Para tener una idea de lo que eso significa hay que tener en cuenta que, desde que hay datos, sólo una vez en los últimos 70 años el mundo tuvo un crecimiento negativo del PBI, que fue en 2009, cuando cayó -1,9%, a causa de la terrible Crisis Global de 2008 (de base **financiera y alimentaria**), que sumergió al mundo en la llamada **“Gran Recesión”** en la que se encuentra desde entonces.^{IX}

A pesar de las características globales del fenómeno, la coordinación global para contenerlo brilló por su ausencia. Salvo la lógica presencia internacional de la Organización Mundial de la Salud y de la OIT en el campo laboral, el resto de las instituciones internacionales estuvieron ausentes en materia de planificación global, como una demostración más de la falta de gobernanza global del sistema.

Solo los estados nacionales, muchos de los cuales habían abdicado por filosofía

[IX] Alberto Pepe Robles - Documento “La pandemia y más allá” - Publicado por el Instituto del Mundo del Trabajo “Julio Godio” de la UNTREF - 2020

o por la fuerza de los hechos, de atender las necesidades mínimas, los servicios públicos y los pisos alcanzados en materia social y laboral, hoy son los que se ponen al hombro la crisis, demostrando, sin mucha estridencia, cuan equivocadas estaban las doctrinas y teorías neoclásicas en las que el estado era un mal necesario que ensuciaba el funcionamiento transparente del mercado con sus regulaciones. Para marzo de 2020, el 80% de la población mundial estaba en sus casas. Sin gente los mercados no funcionan y se extingue el trabajo. El estado, criticado y vituperado por sus ineficiencias, se transformó en el único ámbito de referencia obligada para salvar vidas. Ya no se trata de un estado de bienestar. Se trata de un estado de salvación.

Hoy resulta un lugar común hablar de temas que hasta hace cinco meses atrás eran tabú. Se habla de emitir, de olvidarse del déficit público, de subsidiar a los que se han quedado sin trabajo y a las pequeñas y medianas empresas. Hasta de impuestos a la riqueza y a las transacciones financieras. El propio FMI acepta que los países salgan a rescatar a los sectores golpeados por esta pandemia a través de una Declaración Conjunta del Banco Mundial y el propio Fondo a la reunión del G20 en la que se promueve el alivio de la deuda de los países más pobres.^X La Confederación Sindical Internacional firma un Memorando de Entendimiento con la Cámara Internacional del Comercio, que se eleva a la reunión de primavera de las Instituciones Financieras Internacionales, solicitando un nuevo tratamiento de las deudas soberanas para permitir a los países afrontar las consecuencias de la crisis pandémica.^{XI}

Como lo demuestra la información que regularmente ofrece la Organización Internacional del Trabajo,^{XII} el futuro de los trabajadores aparece sombrío y nada indica que esta situación pueda mejorar en un lapso racional, socialmente hablando. Así como los científicos navegan entre signos de interrogación respecto al virus, los gobiernos deambulan con políticas, básicamente curativas desde el punto de vista sanitario, allí donde es posible implementarlas. La

[X] Declaración Conjunta del Grupo Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional sobre el alivio de la deuda de los países más pobres a la reunión del G20 - www.imf.org - 2020

[XI] Carta Abierta a los Ministros de Finanzas reclamando un alivio de la deuda de emergencia que permita a los países en desarrollo afrontar la pandemia del COVID 19 - www.ituc-csi.org - 10/4/2020.

[XII] El Observatorio de la OIT: el COVID 19 y el mundo del trabajo - www.ilo.org

diversidad de estilos y/o tipos de cuarentenas y aislamientos dan cuenta de ello. La estimación de la explosión del pico pandémico varía día a día. Hay países que han avanzado en el combate al virus, pero a un costo inimaginable. El impacto en la economía y el trabajo es uno de ellos.

Los mercados de trabajo sufrirán alteraciones nunca vistas. Las consecuencias de la pandemia junto al proceso de cambio tecnológico generarán un nuevo escenario laboral de consecuencias imprevisibles, empezando por un mayor empobrecimiento general. Desocupados y ocupados serán de la partida en este empobrecimiento. No se trata de que cuando pase la cuarentena o se descubra la vacuna las cosas van a volver a su cauce natural. Un nuevo escalón en la historia humana se empieza a delinear desde ahora en lo que en forma simplista se denomina la “pospandemia”.

Pospandemia brinda la sensación de salida de pausa. Si por pausa se entienden los números de la Organización Internacional del Trabajo, no hay “pos” en este proceso. Los trabajadores ya están desocupados, precarizados y más pobres y las empresas quebradas, ya lo están. Las posibilidades de los estados tienen sus límites: sin recaudación no hay posibilidad de ayudar ni subsidiar y si la hay, no será eterna.

En el fondo de la pandemia subyace la crisis económica que pronosticaban agencias internacionales, instituciones de investigación económica y ciertos economistas, por la incertidumbre generada por la crisis del 2008. El nivel de ajuste que toda crisis económica conlleva, ya lo está produciendo la pandemia. La situación económica global prepandemia generó el escenario para que esta se propagara con las consecuencias en materia de salud todavía indescifrables.

Desde 2001 a la fecha, 20 años, los desocupados a escala global no han bajado de 180.000.000 millones. Lógicamente, en las distintas regiones y países ha habido espacios de tiempo en que las situaciones parciales pueden haber mejorado. Sin embargo, estos mejoramientos han ido en paralelo con una cada vez más fuerte precarización del trabajo. Al mismo tiempo la desigualdad, ya no es primicia, se ha profundizado de manera notable. El 80% de la riqueza global está en manos del 1% de la población.

La pandemia pone a prueba la vigencia de la organización sindical y su poder de transformación de la realidad de los trabajadores. Si la pandemia ya está produciendo consecuencias en los mercados de trabajo emparentadas con situaciones comunes, emergentes en contextos de poscrisis, las consecuencias particulares de la misma, ya se visualizan, sin esperar a entrar en escenarios de salida, los que por otra parte no se sabe con exactitud cuando serán y como serán y ponen al sindicalismo en la necesidad de actuar con innovación y creatividad.

La presencia del sindicalismo y el poder sindical en un país están determinados por una cantidad de elementos. Desde los albores del siglo XX, el sindicalismo sin perder su internacionalidad como señal identitaria original, vuelca su accionar a los mercados nacionales, independientemente de sus adscripciones ideológicas, generalmente volcadas hacia la izquierda del espectro político. No obstante, esta adscripción, este viraje, también expone al sindicalismo, en algunas regiones y países, frente al surgimiento de movimientos locales, muchos de ellos progresistas, no encuadrados esquemáticamente en la dicotomía europea tradicional de izquierda-derecha.

En realidad, no hubo, en los últimos 100 años, situaciones en las que se pudiese afirmar que la realidad social y laboral de las grandes mayorías populares del planeta, hayan encontrado una salida hacia la justicia social, en forma lineal. Ha habido avances y retrocesos, establecimiento de pisos civilizatorios, instalación de la organización sindical como componente insustituible de la sociedad democrática y hasta el reconocimiento del sindicato como factor decisivo en el funcionamiento de la economía y las empresas.

Su instalación obedece a factores objetivos relacionados con su condición de dispositivo regulador de las relaciones laborales en el sistema económico más allá de la cantidad y calidad de sus resultados.

En cualquiera de sus fases históricas, incluida la etapa primigenia u originaria, cuando nadie imaginaba ninguno de los modelos y sistemas sindicales que se desarrollarían en el futuro, ya los gremios artesanales basaban su accionar en la acumulación de poder para incidir en el mejoramiento del precio de sus

actividades y oficios al tiempo que incidían también en la transformación del entorno económico y social.

Este poder se manifestó como el elemento insustituible para generar las posibilidades de elevar la calidad de vida de los trabajadores teniendo como instrumentos la fuerza de trabajo individual y colectiva y la organización de esa fuerza para convertirse en un grupo de presión primero y más tarde en una organización que fue comprendiendo la vinculación existente entre la matriz de los modelos económicos y las posibilidades de ejercicio de esa presión hasta cierto límite.

Este límite estaba dado por las factibilidades políticas de cambio de los modelos, hacia sociedades más igualitarias lo que lógicamente no iba a depender solo de la intensidad y calidad de la presión sectorial ejercida por la organización sindical sino de las capacidades de las sociedades, en general, de optar por escenarios políticos con perfiles más democráticos y sociales. Los modelos económicos y las sociedades fueron cambiando y por tanto las organizaciones sindicales también se fueron ubicando en esas realidades en las que debían operar para elevar lo más posible la calidad de vida de sus representados.

El poder tenía sus coordenadas de referencia en la solidaridad de los trabajadores que quedaba manifestada claramente al producirse el proceso de afiliación o pertenencia al sindicato pero que en los hechos se gestaba en el propio proceso de trabajo.

En él, la homogeneidad del colectivo trabajador facilitaba la tarea sindical. La denominada conciencia de clase se constituía en un catalizador para la organización. Luego, cada organización iría construyendo las herramientas que orientarían la acción hacia los objetivos generales y los particulares en cada momento histórico.

Esa homogeneidad se fue diluyendo a partir de los años 80 del siglo XX. Las transformaciones en el mercado de trabajo, descritas anteriormente, fueron quebrando esta característica y consecuentemente generando una clase

trabajadora más heterogénea. La construcción de la solidaridad y el poder sindical se tornó más dificultosa. Las tasas de sindicalización comenzaron un lento, pero regular declive, salvando honrosas excepciones. Importantes núcleos de trabajadores pasaron a engrosar las filas de desocupados, subocupados y trabajadores informales. Algunas realidades lograron, merced a políticas activas de protección del empleo convertir estas situaciones en coyunturales, pero a la larga, la mayor parte de ellas se han convertido en escenarios de mercados de trabajo estructuralmente informales. Las crisis descritas han hecho su aporte a estas transformaciones, ya sea con sus consecuencias sobre el empleo y los sistemas de relaciones laborales y últimamente el proceso de cambio tecnológico que transformará el panorama del trabajo en vastos sectores de la actividad humana.

No en vano aparecen en el panorama sindical internacional organizaciones agrupando a movimientos sociales o sindicatos de trabajadores informales. No es nuevo esto. Pero de un tiempo a esta parte los trabajadores informales han pasado a engrosar las filas permanentes de los sectores del trabajo. Los sindicatos debaten cada vez más este tema desde el punto de vista organizativo sin arribar a conclusiones homogéneas.

Las crisis económicas, con sus secuelas de desinversión, desocupación y subocupación y la economía digital cada vez más instalada han generado una fuerte desestructuración de los trabajadores, en el sentido de Andrés Bilbao,^{XIII} a niveles nacionales y fundamentalmente a escala global. La fragmentación productiva posibilitada por las deslocalizaciones y relocalizaciones devinieron en interminables cadenas de valor o de suministro esparcidas por el planeta haciendo uso de los mercados laborales comúnmente denominados de mano de obra barata. Un producto puede tener un circuito interminable en cuanto a sus componentes, su fabricación en masa y su logística. Las nuevas tecnologías han hecho su aporte en este circuito. De hecho, el circuito ha sido posibilitado por el cambio tecnológico.

[XIII] Andrés Bilbao - "Obreros y ciudadanos: la desestructuración de la clase obrera" - Editorial Fundación 1ro. de Mayo - 1993.

En este sentido, la razón de ser del sindicalismo internacional se fortaleció. Lo importante de esto fue la toma de conciencia de los sindicalismos locales. La idea de que solo la fuerza sindical nacional podía con todo, quedó acotada a ciertos movimientos sindicales nacionales con altos niveles de sindicalización e inserción política nacional, caso Escandinavia, Alemania, Japón, Australia y el Cono sur de América Latina, fundamentalmente Argentina, Brasil y Uruguay.

La imbricación nacional del movimiento sindical de fines del siglo XIX y principios del XX, lo sumerge en las vicisitudes propias de su escenario de actuación, escenario que lo recibe con sus particularidades históricas. Estas particularidades generan la ocupación de roles, por parte del sindicalismo conforme una cantidad de elementos, la mayoría de los cuales difieren de región en región y de país en país. Diversidad de escenarios políticos (mayores o menores niveles de democracia política), diversidad de mercados (más o menos regulados), diversidad de modelos (plurales o unitarios), diversidad de grado de cobertura legal y convencional (mayor o menor cobertura), diversidad de desarrollo de la administración del trabajo, son algunos elementos de diferenciación.

También resulta claro que el proceso de nacionalización de la acción sindical acompañó el desarrollo relativo de los diversos procesos de conformación de la matriz industrial y tecnológica obviamente con grados de implantación disímil y velocidades diferenciadas en las distintas regiones del planeta. El resultado lógico de este proceso es la emergencia de modelos y patrones de acción sindical distintos, con lógicas de actuación dispares conforme la realidad que se presentaba. El poder sindical, entonces se formateó conforme una difícil combinación de factores, de tipo político y económico que generó culturas sindicales diferenciadas entre los países. Las organizaciones sindicales vertebraron su poder con características propias de sus respectivas realidades. La medida de ese poder es la que posibilitó una mayor o menor incidencia en la construcción de mayores niveles de vida de los sectores del trabajo.

En todo este proceso de traslación del peso específico de lo internacional a lo nacional y de arraigo a las características locales de los sindicalismos, quedó demostrado que las formas de medir las capacidades de transformación de la

realidad de los trabajadores organizados iban a ser variadas: las tasas de sindicalización o membresía, las capacidades de incidencia política, la capacidad de movilización callejera, la representatividad a nivel de las empresas, las capacidades intelectuales para interpretar la realidad política y la formación de sus cuadros, las capacidades para prestar servicios sindicales a sus miembros, las capacidades para interactuar con el estado y con el resto de los sectores e instituciones de la sociedad.

Es normal hoy día, en medios de comunicación masiva y redes sociales, escuchar hablar que el mundo pospandémico será distinto. Todo indica que será así. No porque se escriban documentos y ponencias. Se visualiza en la vida cotidiana. Hábitos que dejan de serlo y actitudes que comienzan a ser costumbre. Se le suele denominar a esta situación de camino hacia una “nueva normalidad”. Esta “nueva normalidad” se expresa en varios planos y no necesita, por ahora, escenarios de pospandemia. No obstante, no hay mucha idea respecto a la misma, en lo que se refiere a que caminos tomará la economía y la organización de la sociedad. La contracción de la globalización tal cual la conocemos, el debate sobre la velocidad de las decisiones democráticas y el “nuevo estado” y la ejecutividad de sus decisiones, acompañado por su mayor intervención en la economía, son solo algunas señales.

En la “nueva normalidad” las empresas de mayor envergadura podrían recuperarse apelando a su mayor espalda financiera para superar el cuello de botella de la desaceleración económica producto de las cuarentenas y aislamientos, aunque no saldrán indemnes. Nuevamente no es necesario esperar a la pospandemia para comprobar esto: la pequeña y mediana empresa sucumbe frente a la recesión. Los procesos de cambio tecnológico e inteligencia artificial se profundizarán de la mano de las compañías trasnacionales y sus tendencias hacia la monopolización. Sin embargo, es probable que las cadenas globales de valor y suministros se debiliten por la peligrosa ausencia de medidas de seguridad sanitaria en los nichos de mano de obra barata que dieron origen a la fragmentación productiva de la globalización. En este contexto, ¿hacia dónde irán los miles de afectados socialmente por esta pandemia? Por el momento, esta “nueva normalidad” no aclara.

El cuidado de la gente será ineludiblemente tema de disputa. Es factible que la fuerza de los hechos vaya abriendo camino hacia una economía del cuidado. Una economía que vele por la seguridad y la salud. No es un tema solo de los trabajadores. También lo será de las empresas y de los estados.

La puesta a punto de las organizaciones sindicales para esta nueva etapa de incertidumbres y tensiones no puede hacerse esperar. Recobra sentido y fuerza el viejo dicho popular “el que pega primero pega dos veces”.

La sensación de desazón, vacío, angustia e incertidumbre que se siente tiene que ver con la idea de que no se vuelve a la situación anterior y no hay recetas para la nueva. Tiene también que ver con que no estamos solo en presencia de más desocupados y más pobreza. Estamos en presencia de contagio y muerte.

Nuestros locales sindicales están cerrados, en su mayoría sin saber cuándo y cómo reabrirán. Los recursos sindicales flaquean y una parte importante de la actividad sindical (la no considerada esencial) se realiza desde las casas. Mientras tanto en la primera línea de fuego están los trabajadores de la salud, los de los supermercados, los vigiladores, los trabajadores de la alimentación, los del transporte público, ciertos sectores del empleo público.

La pandemia desafía al movimiento sindical. No por tener que abdicar de sus elementos valóricos históricos. Si, como todo indica, la pobreza y la desigualdad dejarán su marca en este período por venir, la misión histórica del movimiento sindical continúa inalterable. Pero ¿serán las capacidades mencionadas suficientes para mantener el poder sindical que permita incidir positivamente en los ámbitos de decisión política y económica y más específicamente en los mercados de trabajo? Es difícil pronosticar sobre lo incierto.

Sin embargo, lo analizado permite sacar algunas conclusiones generales. Nada está dicho respecto al rumbo que tomarán los acontecimientos. Para que el escenario denominado de pospandemia modifique, como se piensa, estructuras de gobernanza global de otra etapa, hacia una nueva concepción económica será necesario una nueva presencia protagónica del sindicalismo internacional

y de los nacionales.

Por de pronto, lo que se visualiza en la realidad, precedentemente mencionada, es el rol que han asumido **los estados** nacionales en el combate de la pandemia. Una parte del mundo intelectual y académico argumenta, no sin razón, que no es posible volver a un estado que se desentienda de las necesarias políticas públicas ausentes todos estos años. Incluso, desde la óptica global, se critica una globalización asimétrica y excluyente que ha generado bolsones de pobreza y desigualdad nunca antes vistos.

Lo que siempre ha planteado el sindicalismo ha sido la necesidad de un estado que regule el mercado. Regular el mercado es muchas cosas. El movimiento sindical juega en su terreno con este tema: las relaciones laborales son el engranaje sobre las que es necesario una fuerte presencia del estado.

El debate sobre una **tributación más progresiva** vuelve a estar en el centro del debate. No sólo para dotar al estado de recursos en la emergencia sino para, precisamente, mejorar los servicios públicos y los bienes comunes.

La pandemia ha puesto la cuestión del **medio ambiente y el cambio climático** al tope de los temas cruciales hacia el futuro. Se habla de priorizar los empleos verdes planteando un cambio de paradigma energético sobre el que era muy difícil pregonar. La propia pandemia está íntimamente vinculada a estos temas. El cambio de paradigma fundado hoy en el uso productivo sobre la base de CO₂, juntamente con la deforestación y la destrucción de la biodiversidad, al decir de Stefano Zamagni, de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales^{XIV}, son la base de una relación existente entre el medio ambiente y la salud.

Las estructuras sindicales deberán también adecuarse a una mayor injerencia en el cuidado del medio ambiente, en general y en el trabajo. Si algo queda demostrado con esta pandemia es la necesidad de cuidar el planeta y en particular cuidar los entornos laborales.

[XIV] Teleconferencia sobre “¿La economía al servicio de los pueblos o de los mercados?” de Stefano Zamagni, de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales, organizada por la UNTREF y el Foro Ecuménico Social – mayo 2020.

En este sentido la Confederación Sindical Internacional ha hecho un llamamiento para adaptar nuestros trabajos al clima y al empleo.

La pandemia ha llevado al límite la vigencia de un contrato social envejecido y resquebrajado por las sucesivas crisis. El movimiento sindical internacional y los sindicalismos nacionales reclaman un **nuevo contrato social** que será vital para transformar el mundo en el sentido de la sustentabilidad y la justicia. La vertebración de un piso de protección laboral es prioridad. El mundo de la pospandemia deberá parir un nuevo modelo de economía global, un compromiso para compartir el bienestar en un planeta equilibrado medioambientalmente.

El movimiento sindical deberá regenerar sus estrategias puntuales para reconstituir el poder que pudiese quedar dañado a partir de ahora. La salvaguarda de **la seguridad sanitaria** de los trabajadores que continúan en sus lugares de trabajo es prioritaria. Las organizaciones sindicales nacionales e internacionales vienen haciendo un gran esfuerzo en este sentido.

Los protocolos de seguridad, los convenios y acuerdos específicos relacionados con el cuidado en el lugar de trabajo logrados con las empresas deberían ser la base constitutiva de esa economía del cuidado a la que hacíamos referencia y de esa manera no dejar que lo logrado sea solo excepcional.

Habrá que trabajar la mayor heterogeneidad del colectivo trabajador. **La economía digital** que venía abriéndose camino en el mercado de trabajo se aceleró con la pandemia producto de las cuarentenas y aislamientos. En general son ámbitos de trabajo nula o débilmente representados hasta el momento. Se requerirán capacidades especiales para acometer organizativamente estas trabajadoras y trabajadores. Teletrabajadores/as, trabajadoras/es de los centros de llamadas de compras online, trabajadoras/es de plataformas de comercio electrónico, trabajadoras/es de plataformas de delivery, de empresas tecnológicas, constituyen, ya desde antes de la pandemia, el terreno de acción sindical a priorizar de ahora en más. El Presidente del Sindicato del Comercio y la Distribución (RWDSA-UFCW) de la ciudad de Nueva York me decía en una oportunidad que el problema para los trabajadores de Estados Unidos y para el

mundo ya no es solo la actitud antisindical de WALMART, que por cierto sigue siendo un problema, sino AMAZON.

Es posible que asistamos a una **nueva relación entre educación y trabajo**. En consecuencia, las organizaciones sindicales deberán adecuar estructuras en este sentido. Priorizar las áreas educativas y de capacitación no solo debe considerarse un servicio a los afiliados, sino como un medio para ser partícipe activo de la construcción de un mercado de trabajo en el que ambas cuestiones, educación y trabajo se articulen. En este campo es probable un nuevo enfoque de la formación profesional en el que será difícil mantenerla separada de la educación formal.

Habrá que analizar cómo trabajar **la informalidad**. Si esta se ha convertido en estructural no hay espacio para la pérdida de tiempo. Tampoco hay recetas. Pero al convertirse en estructural, esta estructuralidad pasa a ser un tema de agenda específica y no solo de economía del trabajo en general. La OIT informa que 2.000 millones de trabajadoras/es ocupan un empleo informal en el mundo, de los cuales 740 millones son mujeres, datos previos a la pandemia. Lógicamente esta informalidad, desde el punto de vista estrictamente sindical presenta dificultades organizativas porque la informalidad genera nuevas actividades no contenidas en sindicatos de actividades tradicionales, por la heterogeneidad de este colectivo y porque no hay en las organizaciones una posición homogénea al respecto, como lo manifestamos precedentemente. Sin embargo, esta crisis sanitaria traerá como consecuencia la consolidación de esta informalidad, sin derechos ni protección de ninguna naturaleza y consecuentemente influirá en las tasas de sindicalización. Suponemos un rol del estado en este tema y un acompañamiento de la organización sindical.

Es altamente probable que las organizaciones sindicales estén pensando en adecuar sus estructuras de funcionamiento. No es un tema menor en esta situación crítica. Aquí tampoco hay recetas. No obstante transformar las estructuras para tener mayor capacidad de respuesta frente al entorno laboral que pudiera emerger de esta crisis, constituye otro desafío.

Finalmente, las organizaciones sindicales a nivel nacional e internacional están

llamadas a jugar un rol preponderante en la construcción de esa llamada “nueva normalidad”, para, como lo manifiesta la OIT, dejar sentado que los trabajadores queremos construir una “normalidad mejor en la que se resuelvan las injusticias que la pandemia haya dejado al descubierto, junto con otros retos permanentes, imposibles de postergar: la transición climática, digital y demográfica”.^{XV}

Al cumplir 117 años de vida, el Centro de Empleados de Comercio de Olavarría, Provincia de Buenos Aires, Argentina, perteneciente a la Federación Argentina de Empleados de Comercio y Servicios, plasmó una frase que resume, para este momento y para el futuro, nuestra actitud: “ESTAMOS ACÁ”

La sensación de incertidumbre y desazón debe ser el combustible para mantenerse en el sendero histórico de la lucha por un presente y un futuro mejor y para echar por la borda la desesperanza y la desolación, como lo ha hecho siempre el movimiento sindical.

[XV] Guy Ryder – “¿Nueva normalidad? ¡Una normalidad mejor! – www.ilo.org. 2020